

EL HOMBRE CON LA MUERTE EN LAS MANOS

AUNQUE desdichadamente no ha llegado aún el día en que la paz reine, como dueña y señora del universo, y sea opinión muy común la de que las guerras son necesarias, cualquiera que sea la causa que impulse a unas naciones contra otras en lucha feroz y sanguinaria, no dejamos de reconocer que la guerra es un mal y de los mayores que pueden caer sobre un pueblo.

No obstante, entre sus horrores y desdichas, los anales guerreros nos hablan de hechos heroicos, no de fiera y temeraria audacia en la destrucción del enemigo, sino de valor y abnegación mostrados en el noble impulso de salvar del peligro a infelices que estaban a punto de perecer.

Una de estas bellas hazañas, fué realizada en la guerra de Crimea por el capitán Guillermo Peel, comandante de un barco de guerra de la flota inglesa.

Desembarcadas sus tropas para entrar en combate por tierra, el capitán Peel fué enviado con sus hombres a un punto en que los cañones vomitaban incesante fuego sobre las posiciones del enemigo. De pronto se dieron cuenta de que faltaban municiones; pero un grupo de resueltos soldados se ofreció a ir en busca de otras nuevas, desafiando el peligro de pasar bajo la lluvia de las bombas rusas que estallaban a su alrededor. Gracias a su valor consiguieron acercar a la batería varias cajas de pólvora y proyectiles y cuando los hombres estaban ocupados en desembalar las municiones, cayó en medio de ellos una voluminosa granada, lanzada por los cañones rusos.

Humeaba la mecha y de un momento a otro toda la batería iba a quedar hecha pedazos, y mirando como fascinados el siniestro proyectil, esperaban su formidable explosión y con ella la muerte.

Hombre de acción el capitán Peel y de gran presencia de ánimo, despreciando su propia vida, se lanzó sin vacilar a través de la batería, cogió la granada, y con ella en las manos, se alejó de aquel lugar.

Sus hombres le gritaron estupefactos: «capitán, la mecha está encendida!» Pero el capitán siguió adelante, hasta que, llegado a sitio seguro, levantó la bomba sobre su cabeza y la arrojó con vigoroso ímpetu contra los parapetos que protegían los cañones.

Apenas había salido la granada de sus manos cuando estalló con infernal ruido. Un segundo más y el capitán habría sacrificado su vida por salvar la de sus soldados.

El intrépido capitán Peel fué dignamente condecorado por su heroica acción.

UNA MUCHACHA ANTE EL ZAR

HACE cosa de cien años, un oficial ruso ofendió al Zar y fué deportado, con otros desterrados, a un frío y espantoso lugar, al norte de Siberia. Todos los presos fueron empleados en los más duros trabajos, pero el oficial ruso había obtenido permiso para que le acompañaran su esposa y una hijita, Prascovia, con lo cual se evitó la angustia de la separación.

La vida en el destierro de Siberia era ruda y cruel y como transcurrían años y cada vez fueran más débiles las esperanzas de perdón, los padres se acongojaban al ver como la niña iba creciendo descuidada en medio de aquel rudo ambiente. Viendo tan desgraciado a su padre, no se sentía Prascovia menos infeliz, hasta que un día, próxima ya a los quince abriles, se la ocurrió partir para San Petersburgo e impetrar del Zar el perdón de aquél a quien debía el ser.

Pero ¿cómo hacerlo? Centenares y centenares de verstas, por desoladas tierras tendría que recorrer y ¿cómo iban a consentir tal cosa sus padres? Ansiosa y palpitante el corazón, expuso un día a su padre lo que bullía en su mente, pero sonrióse el pobre oficial, ante la idea de que su niña hubiera de convertirse en doncellita errante.

LARGA JORNADA TRAS LARGUÍSIMA ESPERA

Tres años más transcurrieron y Prascovia se convirtió en una joven tan animosa como bella. Nunca había renunciado a su acariciado plan, resuelta a llevarlo adelante aun contra la voluntad de su padre. Muchas veces la habían escuchado los autores de sus días, pero siempre la suplicaron renunciara a tan peligrosa aventura. Prascovia, sin embargo, se trasladó a otro lugar de destierro para escribir una instancia en demanda de un pasaporte y al cabo de seis meses llegaba éste a sus manos.

Ya tenía expedito el camino, pero el padre de Prascovia trató de disuadirla de partir. ¿Cómo una pobre muchacha sin dinero, desconocida, iba a poder presentarse al Zar, aun desafiando todos los peligros de la jornada? Prascovia, no obstante, puso su confianza en Dios, pidió la bendición a sus padres, los besó y sólo con un rublo en el bolsillo, empezó a hacer larguísimas caminatas por entre los bosques. Sus padres la acompañaron hasta una ciudad cercana donde tenían amigos que la procuraron lecho la primera noche, pero al siguiente día comenzó su solitario viaje. Por espacio de centenares de kilómetros, por malos caminos y vadeando ríos, adelantó Prascovia, extraviándose muchas veces, calada otras por la lluvia, famélica con frecuencia, y aun desmayada de inanición. En alguna rara ocasión era recibida con bondad y hospedada en alguna cabaña o se la dejaba subir a un carro, pero con más frecuencia era despedida duramente o bien la apedreaban los chicos de las aldeas.

LAS TRISTEZAS DEL LARGO VIAJE A SAN PETERSBURGO

En una cabaña donde se albergó una noche fué acogida con tal hostilidad y tantas sospechas, que Prascovia se asustó, especialmente, cuando, aprovechándose de hallarse dormida, registraron sus vestidos; resultó, sin embargo, que sólo se trataba de meros curiosos.

Con la llegada del invierno y de las grandes nevadas se aumentó todavía más la miseria de Prascovia y a menudo se veía detenida por los obstáculos que le oponía el temporal. Al cruzar el Volga en una gabarra cayóse al agua por un accidente y de resultas enfermó, pero fué recogida por unas buenas religiosas que no la abandonaron hasta que estuvo restablecida.

Por fin, con grandiosa alegría, llegó Prascovia a San Petersburgo. Interesóse por ella una buena señora y la tuvo en su casa esperando ocasión de presentar su instancia a la madre del Zar. Aquella noble dama se sintió enternecida con la historia que la refirió Prascovia y la prometió que se lo comunicaría al soberano.

Quedaba despejado el camino; y dos

días después, Prascovia se hallaba en presencia del Zar. Recibióla éste bondadosamente, prometió enterarse de la condena del padre y la hizo entregar cinco mil rublos. La agradecida joven le dió las más expresivas gracias e imploró las bendiciones del cielo para el Zar.

EL INDULTO QUE UNA POBRE MUCHACHA PAGÓ CON SU SALUD

Obtuvo Prascovia el indulto de su padre y cuando el Zar la preguntó si quería algo para sí, respondió que sólo imploraba un acto de clemencia en favor de los amigos de su padre, que se hallaban también deportados.

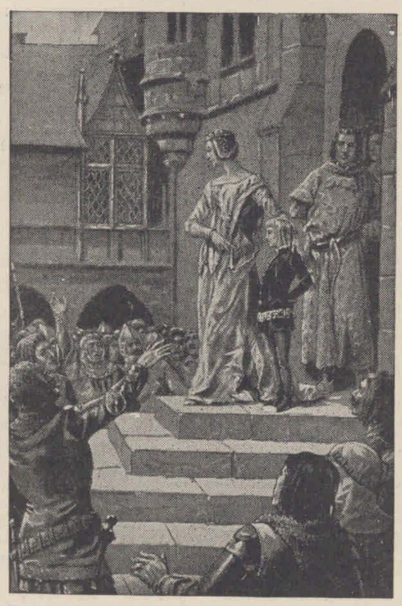
Prascovia se apresuró a comunicar a sus padres la grata nueva de que ya podían salir de Siberia; la reunión fué ternísima, mas por desgracia, la pobre joven no se restableció nunca de los duros trabajos de su larga jornada, y quedó inválida por todo el resto de sus días.

LA BRAVA CONDESA JUANA DE BRETAÑA

EN el extremo noroeste de Francia, hállase una región llamada Bretaña, y los reyes de Inglaterra estuvieron por largos años en posesión de este país durante la Edad Media.

Ocurrió el fallecimiento de un duque de Bretaña que no dejaba sucesión directa y se entabló una disputa sobre la herencia entre Carlos, Conde de Blois, casado con una hija del hermano segundo del duque, y Juan, Conde de Montfort, que era el hermano menor.

Eduardo III de Inglaterra tomó partido por Juan de Montfort; y los franceses por el conde de Blois. Los franceses se apoderaron de Nantes, donde se hallaba Juan de Montfort, y el rey de Francia se llevó a su prisionero al Louvre.



La condesa Juana de Bretaña presenta su tierno hijo al pueblo y requiere su concurso para defender al heredero de la antigua dinastía de los duques.

Pero Juan de Montfort tenía una mujer valerosa, Juana, que jamás había cedido a sus infortunios. Reunió a los habitantes de Rennes ante el castillo donde residía, presentóles a su tierno hijo y les arengó para que se levantaran en defensa del último heredero varón de su antigua línea de duques y los ingleses, al saberlo, se apresuraron a ofrecer su auxilio a favor de aquel valiente pueblo.

Aquel llamamiento de la condesa a los nobles y leales sentimientos de los bretones no se hizo en vano; todos los varones capaces de empuñar las armas se agruparon a su alrededor; esparciéronse después por otras ciudades, proveyeron a la defensa y eligieron un hábil y prestigioso general. Juana acompañó a su hijo a Inglaterra, para su mayor seguridad, y regresó luego, desembarcando en Hennebont, en la costa donde esperó los socorros de Inglaterra.

El conde de Blois se apresuró a conquistar el ducado defendido por una mujer; reunió un ejército, se apoderó de Rennes y puso sitio a Hennebont.

La condesa se revistió de una armadura, montó a caballo y se hallaba siempre en las murallas donde era más rudo el ataque, animando a los soldados y dirigiendo la defensa.

Sabedora un día de que el campamento de los sitiadores no estaba custodiado, hizo una salida por una poterna del recinto, con 500 hombres, pegó fuego a los bagajes y obligó al enemigo a dividir sus fuerzas. Al regresar a la ciudad, halló cerrado el paso, pero no se arredró, sino que

puesta al frente de su reducida fuerza, emprendió el galope y llegó sana y salva a Auray. Cinco días después peleaba para abrirse camino hacia Hennebont, pero al llegar se encontró con que el obispo de León estaba a punto de rendir la ciudad a su enemigo el conde de Blois.

Transcurrían días y días, noches y noches, sin que llegaran socorros de Inglaterra en favor de la desesperada ciudad. Por fin, un día, mientras el obispo estaba discutiendo con el conde de Blois las condiciones de la capitulación, subióse la condesa una vez más a una elevada torre y escudriñó el mar, con la mirada. Sombreando sus ojos con las manos, exploró largo tiempo el horizonte. ¿Qué barcos eran los que comenzaban a verse? ¿qué eran aquellos lejanos puntos, uno tras de otro? No duró mucho su impaciencia; era la escuadra inglesa que acudía en su auxilio.

Poco después fondeaba en el puerto la escuadra de Sir Walter-Manny, atacaba el campamento de los sitiadores y lo reducía a cenizas. Concluyóse un tratado en cuya virtud el conde de Montfort era puesto en libertad, aunque no tardó en morir en uno de aquellos encuentros tan frecuentes. Sea como fuere, el rey Eduardo de Inglaterra probó su firme amistad a la condesa y sostuvo la causa de su tierno hijo al cabo de una larga lucha. Bretaña entró a formar parte de Francia; pero con todo, la valiente condesa sostuvo los derechos de su hijo, que más adelante gobernó como duque de Bretaña y fué conocido con el nombre de Juan de Montfort.

EL NIDO DE ÁGUILAS

EN un vallecito de Suiza, rodeado de imponentes montañas, vivía hace algunos años un pobre labriego con sus dos hijitos, de quienes era tiernamente amado. Toda su fortuna consistía en una miserable choza y un diminuto huerto. Un día, este pobre hombre cayó enfermo. La dolencia era lenta y cruel, sólo una medicina podía salvarlo; mas su coste era crecido y no había en la casa recurso alguno con que procurársela. Los dos niños veían angustiados como la muerte se acercaba paso a paso al lecho de su padre, con el desconsuelo de no poder hacer nada por su salud.

Por aquellos días, un opulento extranjero acertó a alojarse en un hotel vecino. Llevábalo por aquellas regiones montañosas un deseo ardiente de poseer algunos aguiluchos. Éstos eran en extremo raros en aquellos contornos; el viajero contrariado ya tantas veces su capricho, ofreció una suma cuantiosa a quien le presentase una pareja. Pero el único nido de águilas allí conocido, estaba en la cima de un risco muy empinado, que se consideraba inaccesible, y a pesar de la rica recompensa, nadie quería aventurarse hasta él.

Cuando Guillermo y Luis, los dos hijos del labriego enfermo, se enteraron de la esplendidez de la oferta del viajero, decidieron acometer la empresa; no les parecía demasiado arriesgar su propia vida para salvar la de su padre. Atándose juntos con fuertes maromas, se encaramaron por el risco arriba; la peligrosa ascensión duró tres horas; mil veces estuvieron a punto de caer en la profunda sima abierta a sus pies. Por fin, sus fatigadas manos alcanzaron el nido y se apoderaron de las preciosas aves. Trémulos de esperanza lleváronlas al señor extranjero, el cual conmovido por tan hermoso rasgo de piedad filial, añadió todavía una buena cantidad a la recompensa prometida. Los dos niños corrieron por la medicina y el padre recuperó pronto la perdida salud.

